

“ANARQUISTAS PROGUBERNAMENTALES”.

Errico Malatesta, *“Freedom”*, abril de 1916.



Extraído de: “*Freedom*”, abril de 1916.

• Preparado y “reproducido” para Internet por: **(I.E.A.)**

“**Instituto de Estudios Anarquistas**” (Santiago, Chile, abril de 2005),

<http://www.institutoanarquista.cl> // contacto@institutoanarquista.cl

Acaba de aparecer un manifiesto firmado por Kröpotkin, Grave, Malato y una docena de viejos compañeros más, en el cual se hacen eco de quienes apoyan a los gobiernos de la Entete, que exigen la guerra a muerte y el aniquilamiento de Alemania, y toman posición contra cualquier idea de “*paz prematura*”.

La prensa capitalista publica, con natural satisfacción, extractos del manifiesto, y lo anuncia como obra de “*líderes del movimiento anarquista internacional*”.

Los anarquistas, que en su casi totalidad permanecieron fieles a sus convicciones, tienen el deber de protestar contra este intento de implicar al anarquismo en la continuación de una feroz matanza que nunca ha prometido ningún beneficio para la causa de la justicia y la libertad, y que ahora se muestra absolutamente estéril e infructuosa, incluso desde el punto de vista de los gobiernos de ambos bandos.

Está fuera de duda la buena fe y las buenas intenciones de quienes firmaron el manifiesto, pero por más penoso que pueda ser disentir con viejos amigos que han prestado tantos servicios a lo que en el pasado era nuestra causa común, no podemos —haciendo honor a nuestra sinceridad y al interés en nuestro movimiento en pro de la emancipación— dejar de dissociarnos de compañeros que se consideran capaces de reconciliar las ideas anarquistas con la cooperación con los gobiernos y las clases capitalistas de ciertos países en su lucha contra los capitalistas y los gobiernos de ciertos otros países.

Durante la actual guerra hemos visto republicanos que se ponen al servicio de reyes, socialistas que hacen causa común con la clase dirigente, laboristas que sirven a los intereses de los capitalistas, pero en realidad todas estas personas son, en distinto grado, conservadores, creyentes en la misión del Estado, y se puede comprender que hayan vacilado y se hayan desorientado hasta caer en los brazos del enemigo, cuando el único remedio residía en la destrucción de todas las ataduras gubernamentales y el desencadenamiento de la revolución social. Pero tal vacilación es incomprensible en el caso de los anarquistas.

Sostenemos que el Estado es incapaz de hacer el bien. En el campo de las relaciones internacionales y también en el de las relaciones individuales sólo puede combatir la agresión transformándose él mismo en agresor, y sólo puede evitar el crimen organizado cometiendo crímenes aun mayores.

Inclusive suponiendo —lo que está lejos de ser cierto— que Alemania sola fuera responsable de la actual guerra, está demostrado que si se mantienen los métodos gubernamentales, la única manera de resistir a Alemania consiste en suprimir toda libertad y revivir el poder de todas las fuerzas reaccionarias. Excepto la revolución popular, no hay otro modo de resistir la amenaza de un ejército disciplinado, salvo tratar de disponer de un ejército más fuerte y más disciplinado, de modo que los más encarnizados antimilitaristas, si no son anarquistas y temen la destrucción del Estado, se ven inevitablemente llevados a transformarse en ardientes militaristas.

De hecho, con la esperanza problemática de aplastar al militarismo prusiano renunciaron a todo el espíritu y las tradiciones de libertad, prusianizaron a Inglaterra y a Francia, se sometieron al zarismo, reestablecieron el prestigio del vacilante trono de Italia.

¿Podemos aceptar los anarquistas este estado de cosas por un solo instante, sin renunciar a todo derecho a llamarnos anarquistas?. Para mí, inclusive la dominación extranjera sufrida por la fuerza y capaz de suscitar la rebelión es preferible a la opresión interna aceptada con humildad y casi con gratitud, en la creencia de que por este medio nos preservamos de un mal mayor.

Es inútil decir que se trata de un momento excepcional y que después de haber contribuido a la victoria de la Entete en “*esta guerra*” volveremos a nuestro propio campo para luchar por nuestros ideales.

Si hoy es necesario trabajar en armonía con el gobierno y los capitalistas para defendernos contra “*la amenaza alemana*” lo será también después, así como durante la guerra.

Por más grande que sea la derrota del ejército alemán —si ocurre que se lo derrote—, nunca resultará posible impedir que los patriotas alemanes piensen en la venganza y se preparen para ella, y los patriotas de los demás países, muy razonablemente desde su propio punto de vista, querrán estar listos para que no los vuelvan a tomar desprevenidos. Esto significa que el militarismo prusiano se transforma en una institución permanente y regular en todos los países.

¿Qué dirán luego los que se autodenominan anarquistas y desean hoy la victoria de una de las alianzas en guerra?. ¿Seguirán llamándose antimilitaristas y predicando el desarme, la necesidad de rehusarse a hacer el servicio militar, y el sabotaje contra la defensa nacional, para terminar, ante la primera amenaza de guerra, como sargentos reclutadores de los gobiernos que ellos trataron de desarmar y paralizar?.

Se dirá que estas cosas terminarán cuando el pueblo alemán se libere de sus tiranos y deje de ser una amenaza para Europa, al destruir el militarismo en su propio país. Pero si éste es el caso, los alemanes piensan con razón que la dominación inglesa y francesa —y no digamos la de la Rusia zarista— no sería más agradable para los alemanes que la dominación alemana para los franceses y los ingleses, desearán primero esperar que los rusos y los demás pueblos destruyan su propio militarismo y, entretanto, seguirán fortaleciendo al ejército de su propio país.

Y entonces, ¿cuánto tiempo demorará la revolución? ¿Cuánto se tardará en llegar a la anarquía? ¿Debemos esperar siempre a que los demás empiecen?.

La línea de conducta de los anarquistas está claramente señalada por la lógica misma de sus aspiraciones.

Debería impedirse la guerra produciendo la revolución, o por lo menos haciendo que el gobierno la temiera. Ha faltado hasta ahora la fuerza o la habilidad necesaria para ello.

¡Muy bien! Sólo hay un remedio: mejorar el futuro. Tenemos que evitar más que nunca el compromiso, ahondar el abismo entre capitalistas y los esclavos asalariados, entre dominadores y dominados, predicar la expropiación de la propiedad privada y la destrucción de los estados como el único medio para garantizar la fraternidad entre los pueblos y la justicia y la libertad para todos, y debemos prepararnos para llevar a cabo estas cosas.

Entretanto, me parece que es criminal hacer algo que tienda a prolongar la guerra, en la que se asesina a hombres y se destruye riqueza, además de obstaculizar la reanudación de la lucha por la emancipación. Me parece que predicar “*la guerra hasta el fin*” es realmente hacerles el juego a los gobernantes alemanes, que están engañando a sus súbditos e inflamando su ardor de lucha al persuadirlos de que sus oponentes desean aplastar y esclavizar al pueblo alemán.

En la actualidad, como siempre, éste debe ser nuestro grito de lucha: ¡Abajo los capitalistas y los gobiernos, todos los capitalistas y todos los gobiernos!

¡Vivan los pueblos, todos los pueblos!

--- O ---